

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met. Pío IX. al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,
rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

PARTE EXTRANJERA.

DISPACHOS TELEGRÁFICOS.
(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 8.—El *Diario Oficial*, publica en su número de hoy, noticias interesantes del Senegal; una columna francesa ha derrotado a los rebeldes causándoles noventa hombres fuera de combate, teniendo por su parte 14 soldados heridos.

VIENNA, 8.—Desmienten en las regiones oficiales la noticia de la próxima visita del rey Víctor Manuel al emperador Francisco José.

PARIS, 8.—Han subido los fondos en la Bolsa de hoy con motivo de los rumores que han circulado sobre una importante reducción del ejército.

Los Sres. Hugo y Barbieux, redactores del periódico *El Rappel*, órgano de los inconciables, encausados por haber provocado a los soldados a la desobediencia y a la insubordinación, han sido condenados a cuatro meses de prisión y mil francos de multa.

En la Bolsa hoy se han cotizado:
El 3 por 100 exterior español, a 26 3/4.
3 por 100 francés, a 74 55.
4 1/2 id., a 104 30.
5 por 100 italiano a 56 40.

LONDRES, 8.—Consolidados ingleses, de 92 1/2 a 5/8.

(De la Agencia Havas.)

PARIS, 7.—El Sr. Daru recibió ayer a los representantes de las potencias extranjeras. Se asegura que este ha declarado que no se mezclará en los asuntos de los demás países.

Van a ser separados muchos consejeros de Estado.

PARIS, 7.—En el Senado, el Sr. Daru ha dicho que el Gobierno está dispuesto a contestar a todas las interpelaciones, añadiendo: «Somos hombres honrados y cumpliremos todas nuestras promesas, sin excepciones».

La interpelación sobre el Concilio tendrá lugar el martes, y el jueves otra sobre cuestiones comerciales.

Asegúrese que Emilio Ollivier presentará dentro de poco un proyecto suprimiendo la ley de seguridad general, y suprimiendo también, por partes, el art. 75 de la Constitución del año de 1868, artículo que exige la autorización del Consejo de Estado para procesar a los empleados.

PARIS, 8.—El *Journal officiel* publica varios decretos suprimiendo la superintendencia de bellas artes, nombrando al Sr. de Nieuwerkerke superintendente de los museos imperiales, y al Sr. Weisch secretario general del ministerio de bellas artes.

PARIS, 8.—El periódico la *Liberté* cree que el ministro presentará el lunes próximo al Cuerpo legislativo un proyecto reduciendo el contingente de 200,000 hombres a 75,000.

Todos los periódicos extranjeros entrarán libremente en Francia en lo sucesivo.

El Sr. Ollivier, jefe del gabinete francés, pronunció el siguiente discurso en el acto de recibir a los empleados de su departamento:

«Os doy gracias, señores, por los sentimientos que os animan y por las promesas que me habéis hecho. Estoy persuadido de la sinceridad de los unos y de la solidez de las otras. Permitidme decir con franqueza el linaje de concurso que de vosotros espero, y a fin de hacer mi pensamiento más tangible, si no más claro, voy a referiros un apólogo oriental que retengo en mi memoria: «Un viajero que había hecho un largo trayecto y que estaba resuelto a recorrer una mayor distancia, se decidió a entrar en una cabaña. Encontró la puerta cubierta en parte por una tela de araña; la separó; pero al penetrar en el interior encontró otra y otra, y la rasgó; quitada esta aparecieron otra y otra y otra, en fin, tal profusión de ellas, que contrariado y disgustadísimo, salió precipitadamente y prefirió que se fuera expuesto a la intemperie. Pues bien, señores, lo que yo os ruego es que me apartéis de la vista las telas de araña evitando el disgusto de luchar contra semejantes obstáculos».

Los funcionarios de un departamento tienen deberes que llenar, no solo con el ministro, sino con las personas que, por su profesión, necesitan entenderse con ellos de una manera especial: tienen, en fin, deberes hacia sus subordinados y respecto del público. Estais diariamente en contacto con los magistrados y con los clérigos, y sabéis cuántas deferencias merecen las personas investidas de tan respetable carácter. Si esas personas se equivocan, al hacerse comprender, es menester que lo efectúen con benevolencia y que las traéis con miramiento a los que los queráis inspirarles. Usad de dulzura para con vuestros subordinados. Este es el medio más eficaz para obtener la corrección de las faltas. En cuanto al público, él os impone ante todo el deber de la paciencia hermanada con la bondad. Os vereis asediados por gran número de indiscretos, de importunos, y hasta por no pocos pretendientes insostenibles. Pero ¡qué importa! os lo repito, que respaldéis siempre la bondad en vuestra conducta.

No olvidéis que en la obra de la justicia juega un papel importante la mansedumbre, y que el ministerio de la justicia debe ser al mismo tiempo el ministerio de la benevolencia. Porque os hablo de vuestros deberes, no creáis que os olvido los míos. Mis principios descansarán en mi voluntad inquebrantable: creo que el adelanto de cada uno debe estar subordinado únicamente al talento y al mérito, sin tener para nada en cuenta las recomendaciones exteriores. Me será muy grato que se me señale a un hombre cualquiera, por oscuro, ignorado y sin protección, con tal que tenga aptitud y talento. Yo iré a buscarle para elevarlo con preferencia a aquel que solo cuenta con poderosos protectores.

Cuando he tenido la dicha de colaborar en la grande obra de un soberano que ha consentido en desprenderse de un poder considerable en provecho del país, ha tenido mi preferencia el ministerio de la Justicia, que he obtenido de la confianza del emperador. ¿Por qué? Porque la cosa en que he tenido toda mi vida los ojos fijados es... lo justo! En los tiempos que alcanzamos la vida política está emponzoñada por el interés, por la pasión, por el espíritu de partido; yo solo pienso en aniquilar a sus enemigos, en hacer fortuna o en satisfacer su ambición. Pues

bien, es menester que vosotros y yo, al ver todos los días escrita en la puerta y en los muros de este palacio la palabra *justicia*; es preciso, repito, que hagamos de ella una realidad, y preciso que hagamos de ella la inspiración de nuestra conducta cotidiana».

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 10 DE ENERO DE 1870.

A LA COMUNION CARLISTA.

Próxima la fecha de una nueva elección de diputados para las Cortes Constituyentes en algunas provincias, los periódicos *La Esperanza*, *La Regeneración*, *El Pensamiento Español*, *El Legitimista Español*, *La Fidelidad* y la Revista *Altar y Trono*, acatando y cumpliendo gustosos la orden que han recibido, se dirigen a la comunión para decirles:

En la situación que se ha creado en España y en la que particularmente se halla la comunión carlista, conviene é interesa en gran manera que acuda en todas partes a las urnas con decisión, con ardor, unida por la voluntad como lo está por los sentimientos, a despecho de todos los obstáculos que se la presentan y de los daños con que se la amenaza, sin que el temor de una derrota la arredre en sus esfuerzos para conseguir la victoria.

Nos faltan a la vez el tiempo para esta lucha y la experiencia en luchas de esa clase; sabemos sobradamente que no se respetarán nuestros derechos de ciudadanos, y que emprendemos la lucha con esos derechos ilusorios contra el fraude para el que no hay escrúpulos, y la violencia que nada respeta: no importa, y, al contrario, en eso debe la comunión carlista hallar un nuevo estímulo; porque si sabemos hasta dónde puede llegar la violencia de que hayamos de ser víctimas, también nos es dado hoy calcular lo que de la violencia así empleada podemos prometernos para el triunfo inmediato y completo de nuestra causa.

La comunión carlista forma la inmensa mayoría del país, hecho ya bastante probado, después de tantos años de cruentísima persecución, por la vida exuberante que sus mismos adversarios reconocen en ella; robustez ahora la prueba presentándose compacta en la lucha a que la convidan sus adversarios; fiados en que, como antes y como siempre, sus amaños y sus violencias ocultarán la verdad y se sobrepondrán a la justicia; denuncie sin temor, que aquí está la prensa carlista para señalar y apoyar enérgicamente las denuncias, los amaños que descubra y las violencias que sufra, y con eso, aun cuando nuestros votos se pierdan en las urnas, se habrá logrado el deseo y cumplido la orden que motiva esta declaración, y tendremos de nuestra parte, con nuestro derecho privativo y superior, el mismo derecho que nuestros adversarios proclaman como fuente única de todos los derechos: el de la soberanía nacional, siempre por los que se llaman sus partidarios, desconocida y hollada.

En cuanto a reglas para la elección, todos los días se hallarán en lo que a cada provincia se refiera y por parte de cada uno de los periódicos; solo como regla general nos cumple señalar la de que se vote a candidatos que conocidamente y por declaraciones terminantes pertenezcan a la comunión, y la de que no se dividan los votos entre dos ó más candidatos, tocando a estos el no presentarse ó retirarse allí donde vean a un correligionario suyo ya presentado y aceptado.

A la lucha, pues, unánimes y enérgicos. Así lo ha dispuesto, debemos repetir, quien tiene hoy el derecho de convertir en órdenes sus deseos, como ha tenido siempre la confianza ilimitada y el acendrado afecto de toda la comunión carlista.—*La Esperanza*.—*La Regeneración*.—*El Pensamiento Español*.—*El Legitimista Español*.—*La Fidelidad*.—*Altar y Trono*.

SON INCORREGIBLES.

Si no se viera lo que sucede en España, no se creería. Aun viéndolo apenas se puede creer.

Recorremos los círculos políticos, y oímos decir a los mismos hombres de la revolución; esto es el caos; esto es la degradación y la vergüenza. Nos fijamos en las conversaciones que se entablan en los cafés y sitios públicos, y allí se dice: no hay pa-

ciencia para soportar esta confusión y este canallismo; se necesita un brazo de hierro que haga temblar a tirios y a troyanos. Hablamos con la gente de negocios, comerciantes é industriales, y todos lanzan esta exclamación: así no se puede vivir: si esto dura más, hay que marcharse al extranjero a ganar el pan de cada día. El pueblo bajo, por su parte, emplea frases más duras para calificar a las personas y las cosas que nos han traído al lastimoso punto en que nos encontramos. No tenemos necesidad de repetir lo que dice el pueblo bajo. Cualquiera puede oírlo si pone un poco de atención a las conversaciones de las calles y las plazas.

Y sin embargo, esto sigue adelante; la madeja se enreda cada vez más, y los mismos hombres de la revolución, que casi la maldicen, y muchos otros hombres que sin ambages reniegan de ella, continúan con los ojos cerrados para ver la causa de tantos males y buscan remedios evidentemente ineficaces para curar la enfermedad de la patria.

¡Desdichadas gentes! De ellas si que puede decirse: tienen ojos y no ven, porque, en efecto, lo que las distingue no es precisamente su mala fe, sino su ceguera de entendimiento.

Empiñanse todavía en creer que la presente confusión es hija del estado excepcional en que se encuentra la política, y que todo se remediará con nombrar un rey democrático salido del seno de las Cortes Constituyentes, como Minerva de la cabeza de Júpiter.

¡Desdichadas gentes! volvemos a repetir. Olvidan ó hacen como que olvidan que hemos tenido en España rey constitucional y ministerios de todo género, y sin embargo, siempre el mismo desorden, y si no el mismo disgusto, ha venido a probarnos que el mal era más hondo de lo que imaginan los curanderos liberales.

¿Qué se decía en tiempo de Gonzalez Bravo?—«Esto no puede durar; las fuerzas se han agotado; el país desfallece.» Y vinieron los partidos coaligados a echar por tierra aquello que no podía durar, porque era malo. ¿Qué se decía en tiempo de O'Donnell?—«Esto es una casa perdida, donde cada cual atiende a su negocio aunque la casa se arruine.» Y vinieron los progresistas a perturbar el sueño de O'Donnell y a hacer que doña Isabel de Borbon llamase a Narvaez. ¿Qué se decía en el bienio?—«Esto es un burdel; raro es el día que pasa sin un motín.» Y la unión liberal, para acabar con los escándalos patrióticos, echó a los progresistas por la ventana. ¿Qué se decía en tiempo de los moderados de todas las fracciones?—«La inmundicia nos corroe; las contribuciones aumentan; el país se cansa y la revolución viene empujada por los excesos de arriba.» Y a los moderados sustituyen otros liberales. Y así hemos visto expulsar a Cristina, expulsar a Espartero, conspirar contra Narvaez, conspirar contra O'Donnell, conspirar siempre unos contra otros, y tener siempre en movimiento al país y siempre intranquilo y siempre entregado al pandillaje, a la ambición ó a la intriga.

Pues si esto es verdad, pues si esto es claro como la luz del medio día, porque los hechos están ahí, grabados en la historia del sistema liberal español, ¿qué viene pasmarse de lo que hoy sucede? ¿qué viene, sobre todo, decir que esta es una confusión transitoria que desaparecerá con la proclamación de un rey democrático y con el ejercicio regular y ordenado de la máquina parlamentaria? ¿Cabe ceguera mayor, ni más supina ignorancia?

Lo que han de darnos, y lo que han de hacer los liberales, ya lo han dado y ya lo han hecho en los seis lustros de su no interrumpida dominación. En ese largo tiempo, hemos probado de todo y todo ha sido peor. Hemos ido saltando de la inmundicia a la anarquía, del despotismo militar a la licencia del populacho, de los estados de sitio a los derechos individuales; en una palabra, siempre hemos estado entre el sable del dictador y el garrote del patriota, ó como si dijéramos, entre la espada y la pared. Si alguien se atreve a negar estas afirmaciones, ese alguien ó es un hombre de mala fe ó no sabe lo que se dice.

¿Pero quién las ha de negar si todos las hemos oído de los labios de los mismos liberales? ¿No son ellos los que se desacreditan y vituperan recíprocamente? ¿No son ellos los que sacan a la vergüenza sus propios excesos, sus propios crímenes? Repasad sus

artículos de fondo y sus discursos: allí encontrareis la condenación de unos por otros: allí vereis refutados sus respectivos errores y delatadas sus respectivas iniquidades.

Pues así y todo, espántanse cuando se les habla de nuestro sistema político y vomitan calumnias y sandeces contra nuestro honrado partido.

Háanse formado allá en su mente una idea singular de lo que queremos y de lo que representamos. Carlismo é inquisición es para ellos cosa idéntica; carlista y monseguillo una misma persona. Aborrecen a la Iglesia, pero esos pobres necios no saben lo que es la Iglesia. Llámense cristianos é ignoran el catecismo y detestan al Pontificado. Hablan de libertad y despotismo; monopolizan aquella y nos regalan este; pero no tienen noción ninguna de lo que es libertad ni de lo que es despotismo. Como la libertad monopolizan también la ilustración ¡Dios piedad! y nos hacen partidarios de la ignorancia. ¿Quién puede describir el confuso laberinto de sus miserables cabezas?

Muchas veces sospechamos que no quieren entendernos; y muchas veces vemos que no nos entienden. Dícese con razón que el sentido comun no es tan comun como reza la palabra!

Mas parece que debieran darse a partido con este argumento: vosotros lo habeis hecho muy mal en los largos años que llevais de Gobierno; teneis desmoralizado é inquieto el país y arruinada la Hacienda pública; lo presente es garantía de que será peor cada vez lo porvenir. Pues dejad el paso a nuevos sistemas y a nuevos hombres, de los cuales no conocéis más que virtudes que hoy son muy raras por cierto: gran fe y gran constancia.

Ahí están los carlistas con su bandera alzada desafiando contrariedades y vicisitudes. Que traigan tiempos que pasaron es imposible, el tiempo pasa y no vuelve: que reedifiquen instituciones pulverizadas no es menos imposible; las instituciones, no fundamentales, son propias de las épocas en que se levantan, y no convienen a otras. Si son despotas, si son inmorales, si malbaratan la hacienda, si agitan el país, si son vengativos y crueles, si fusilan y deportan sin formación de causa, como habeis hecho vosotros, fuerzas y ocasión tendreis para echarlos; el país os ayudará, como os ayudó con su indiferencia para echar a doña Isabel II. Dejades, pues, libre el paso ya que sois impotentes para gobernar, ya que confesais que esto es el caos, la degradación y la vergüenza. Desechad precauciones ridiculas, y venid con nosotros a ver si entre todos salvamos la patria... ¿Os sonreís? ¡Ah! sí; eso quiere decir que os hace gracia nuestra candidez. Adivinamos toda la significación de esa sonrisa.

—¿Cándidos! dice; pensarán que podemos ser partidarios de un sistema que haría imposible el medro de los ambiciosos y de los intrigantes?

Es verdad, señores nuestros, es verdad; no podeis ser partidarios de un sistema que os arrojaría a latigazos de la mesa donde roéis los huesos de la patria.

Pero tanto peor para vosotros.

El Universal prosigue su campaña contra el Concilio, dirigiendo sus ataques a la infalibilidad pontificia. En una serie de largos artículos, el diario clerófono va tratando de las cuestiones relativas a la Asamblea de la Iglesia docente, con el elevado criterio progresista, y en un estilo canónico-político que es lo que hay que ver. Lo más gracioso de todo es que el periódico que hace alarde de completa incredulidad y sabe burlarse de Dios, viene echándole de creyente, fundándose en las palabras de Jesucristo y decretos conciliares para combatir lo que se propone, como pudiera hacerlo un católico discutiendo con un hereje.

Pero, como suele decirse, siempre le sale el tiro por la culata. No entendiendo lo que trae entre manos, revuelve textos y autoridades para sacar una conclusión de que se desprende precisamente lo contrario de lo que quiere probar.

Y si no, veamos. Reconoce *El Universal*, porque así cree que conviene a su fin particular, la divinidad de las promesas de Jesucristo, y dice que a la Iglesia prometió asistencia y por consiguiente, infalibilidad. ¿Qué tal entenderá *El Universal* la materia, cuando después de decir esto afirma que sería una impiedad, una blasfemia, una locura y una ridiculez que el Concilio declarara la infalibilidad pontificia? Bien es verdad que en la segunda parte del argumento aparece *El Universal* tal cual es, furiosamente anti-católico y rabiosamente anti-romano, cuando en la primera hizo la sandez de fingirse creyente a ver si pasaba la pildora.

Pero ¡*Universal* de mis pecados! venga usted acá y no vuelva a meterse en camisa de once varas ni a hablar de lo que no le va ni le viene, si no quiere desahilar soberanamente. Dado que en el conjunto de los apóstoles, esto es, de los Obispos, reside la infalibilidad, y suponiendo que el Concilio, que es la reunión de los Obispos, diga que el sucesor de Pedro es infalible, ¿cómo diantres se arregla Vd. para sostener que esta declaración sería absurda, impía, blasfema, ridicula, etc., etc., después de haber dicho que quien hace la declaración es infalible?

El demonio tienen en el cuerpo estos progresistas. Por odio a la infalibilidad pontificia, reconocen, *arguendi gratia*, la infalibilidad de los Obispos reunidos, y en hipótesis vienen a hacer, poco más ó menos, el siguiente silogismo:

«Los Obispos juntos son infalibles: Es así que los Obispos juntos infalibles, declaran la infalibilidad pontificia. Luego la infalibilidad pontificia es una ridiculez y un desatino.»

¡Ateme Vd. esa mosca por el rabal! Parecemos que ni Aristóteles entendería la sublimidad de este silogismo; nosotros, recordando aquello de *Barbara, Celaren, Darii, Ferio, Baralepton*, etc., creemos que el silogismo está en *Barbara*.

Concluiremos ya, que bastante hemos dicho por vía de entretenimiento, pues, no de otra cosa sirven los artículos canónico-teológico-filosófico-políticos de *El Universal* y cofrades progresistas. Pero hemos de decir por conclusión, que cuando los vemos desatarse contra la infalibilidad pontificia, se nos aumentan las esperanzas que tenemos de que el Concilio la declare, y exclamamos: ¡Qué cosa tan buena será esta declaración, cuando los liberales no ocultan que les sabría a regalar!

Desmintiendo *La Fidelidad* la noticia de *El Telégrafo autógrafa*, que ya conocen nuestros lectores, relativa a un gran consejo que iban a celebrar en Viena los carlistas, dice lo siguiente:

«Pero, concretándonos a la noticia trascrita, podemos decir que el ilustre conde de Morella, de quien no parece que haya estado enfermo estos días, como se ha dicho, pues la liza indisposición que tuvo, la padeció en Burdeos a mediados de Noviembre último, el ilustre conde de Morella, repetimos, ni está ni piensa en venir por ahora a la capital del imperio vecino; se encuentra... donde hace falta, como siempre, dedicado a agrupar elementos para el triunfo de la causa de toda su vida; y no es necesario que se mueva, sino que, contando con todos los monarcas de buena voluntad y recta intención, bástale, para los fines que en virtud del honoroso cometido que ejercer se propone, disponer de sus muchos aditos que son todos los que acatan la autoridad real de Carlos VII.»

En cuanto a poderes, y otras cosas por el estilo, es seguro, y podemos afirmar, que goza de todos, ABSOLUTAMENTE DE TODOS, con una completísima amplitud para disponer lo que estime necesario a la indudable victoria de la causa cuya dirección le ha sido encomendada, pues es público que se lo confirió desde el primer instante amplísimo su joven y esclarecido monarca, que en él tiene una confianza absoluta, con gran contentamiento de todos los verdaderos carlistas, y no es necesario, por tanto, volverle a otorgar lo que ya tiene.

Es evidente que en virtud de esa honrosísima delegación, si la causa carlista hubiese menester un día más ó menos próximo apelar a las armas para su definitivo triunfo, el encargado de todos los asuntos de la gran comunión monárquico-española señalaría el momento oportuno; y es indudable asimismo que llegado este terrible trance, la vencedora espada del insigne conquistador de Morella brillaría de nuevo en el combate al lado de la de su joven y valeroso soberano, que nunca estaría más seguro de adquirir esa gloria, que tanto y tan noblemente ambiciona, como acompañado de un capitán tan entendido como el primer caudillo de su causa, cuya reputación está por encima de todo encomio.

Lo del consejo de Viena es una invención, porque tal consejo no hace falta, aunque... no sabemos si el general Cabrera creará necesario avisarse cualquier día con su soberano para rendirle una vez más el homenaje de su respeto, y para darle cuenta como a su rey de la situación de los asuntos que se ha dignado confiarle.

Tiene razón *La Fidelidad*: estando como está el ilustre caudillo de Morella completamente autorizado por su augusto soberano para dirigir los asuntos carlistas, no se concibe su viaje a Viena para recibir unos poderes, que meses hace le han sido confiados. Solo en caso de que, como dice *La Fidelidad*, el general Cabrera creyese necesario entrar de la marcha de los asuntos a su legítimo monarca, ó este juzgara conveniente que su ministro le informase del estado de las cosas, podría tener lugar la entrevista de D. Carlos con Cabrera en Viena u otro punto.

Esto, sin embargo, no se opone a que en Viena pueda celebrarse alguna reunión política de grande importancia, reunión en la cual sean acaso parte principal los intereses del partido legitimista español. En efecto, no parece probable que el rey D. Carlos VII, Enrique V, el duque de Módena y demás individuos de la ilustre casa de Borbon, que por primera vez después de mucho tiempo se ven reunidos en la capital del imperio austriaco, consientan en separarse sin ponerse antes de acuerdo sobre la marcha política que conviene seguir para bien de los Estados, de que son legítimos monarcas, en vista de los sucesos importantísimos que tienen lugar ó se preparan en muchas naciones de Europa.

Una reunión política de esta importancia

en Viena, lejos de parecerse poco probable, la creemos casi segura. Y para ello nos fundamos, no ya en la conveniencia de los principios allí reunidos, sino en el amor que siempre han mostrado a los pueblos, cuya felicidad tienen aquellos monarcas no solo el derecho, sino el deber de procurar, según varias veces hemos dicho en EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

En una palabra, la reunión en Viena anunciada por *El Telégrafo*, no tiene razón de ser, pero si el diario noticiero se refiere a la reunión de algunos monarcas legítimos de Europa, privados accidentalmente de sus derechos, no diremos que acierte, pero mucho menos nos determinamos a afirmar que se equivoca.

Nuestros lectores habrán visto en otro lugar la excitación relativa a elecciones que así EL PENSAMIENTO como los demás periódicos carlistas publican hoy en lugar preferente. Hablando de este mismo asunto decía ayer *La Fidelity*:

«Siempre hemos tenido la misma opinión favorable a la lucha en todos los terrenos que nuestros enemigos nos franquean, aunque sea, como de costumbre, arrojando las dificultades y coacciones que son tan de su uso, y hace diez ó doce días SE NOS COMUNICARON los deseos en este sentido del primero y más caracterizado de los caudillos de la causa carlista; pero creíamos, antes de responder a nuestros amigos, deber esperar el regreso a Madrid de un diputado de nuestras opiniones que se hallaba ausente, y que en virtud de su posición recibiría instrucciones respecto a este punto, así como sus demás compañeros y ponerlos todos de acuerdo sobre esta importante cuestión».

Por conducto del diputado a quien se refiere *La Fidelity*, se recibieron en efecto las instrucciones que la persona, a que alude el mismo periódico, da sobre elecciones a la junta creada para la distribución de recursos a carlistas perseguidos. Resultado de esas instrucciones es el artículo que insertamos en el lugar preferente de este número.

Vamos a recorrer los periódicos más importantes para dar a conocer a nuestros lectores la impresión que en los mismos ha producido la solución de la crisis.

He aquí cómo se expresa *La Nación*:

«A juzgar por la significación de cada uno de esos nombres, y teniendo en cuenta las conferencias que han mediado entre los ministros y la fracción unionista, debemos considerar al nuevo Gobierno como de conciliación, y bastante lejos del carácter de radicalismo que el anterior tenía».

Las líneas anteriores y especialmente las palabras que dejamos subrayadas, dan a entender con bastante claridad que al diario progresista no le ha satisfecho la solución de la crisis. Más adelante indica la causa de su desagrado, y es que haya dejado la cartera de Gobernación el Sr. Sagasta. Sin embargo, *La Nación* anuncia que el partido progresista apoyará desde luego al nuevo ministerio, «siquiera abrigue el dolor natural de ver fuera de la dirección general y esencial de la política a uno de los hombres que más confianza le inspiran».

El Certamen siente que el Sr. Rívero haya dejado la presidencia de las Cortes, porque cree que «no ha terminado su misión».

La Iberia pondera los sacrificios que han hecho y las altas pruebas de abnegación que han dado el Sr. Rívero y el Sr. Sagasta. De este último, dice *La Iberia* que estaba resuelto a salir del ministerio, y que al aceptar la cartera de Estado, ha contrariado «a más de su voluntad propia la de todos sus amigos y todo su partido que se oponían a su permanencia». El diario progresista no quiere emitir juicio respecto al término de la crisis y se limita a decir que el Sr. Rívero está más que nadie obligado a plantear resuelta y abiertamente una política reformista y revolucionaria.

«Para él, dice, no hay disculpa ni perdón, y su talia política y sus principios liberales nos dan derecho a esperar muchísimo de su administración, y a mostrarnos exigentes respecto a ella».

Tenga esto en cuenta, el ex-presidente de la Cámara para no incurrir en censuras que, tratándose de él, serían más duras y justas por las razones indicadas».

La Iberia concluye diciendo que no ofrece ni apoyo incondicional ni oposición ciega a un Gobierno «sobre cuyos intentos y aspiraciones se fundan tantos juicios contradictorios, tantas esperanzas y tantos temores».

Muy significativo es el lenguaje de *La Iberia* y de *La Nación*. ¿Qué es lo que temen estos diarios? ¿Que el Sr. Rívero, como por ahí dicen, deje muy atrás a González Brabo? ¿Que se incline, como también se dice, a la candidatura de Montpensier?

El Eco del Progreso, diario espartista, dice que la solución de la crisis ha causado disgusto general:

«Es necesario estar muy preocupado, añade, para no comprender que los elementos de que se ha formado el nuevo Gabinete y las circunstancias que le rodean son en contra de soluciones literales y españolas».

Para *El Eco* el nuevo ministerio significa lo siguiente:

«En resumen: la libertad velada, el doctrinarismo predominante. Alejamiento de las esferas del poder de toda solución española; vacilaciones del Gobierno sobre la candidatura Montpensier».

Las Novedades se alegra de la entrada de los Sres. Rívero y Montero Ríos en el ministerio, porque son amigos particulares suyos. Y añade lo siguiente:

«Pero qué significa la solución de la crisis bajo el punto de vista del conjunto ministerial? No diríamos la verdad si no asegurásemos que ni nosotros ni nadie pudo comprender ayer cuando se recibió la noticia de la solución en las Cortes en los círculos políticos».

Pero no niega *Las Novedades* que el nuevo ministerio venga a satisfacer una necesidad y tenga un pensamiento levantado, lo que asegura que que ni las Cortes ni el público conocen ese pensamiento.

«A juzgar por el sacrificio de los señores Ruiz Zorrilla y Martos; a juzgar por el sacrificio y la abnegación del Sr. Rívero, que abandona tres puestos importantísimos para tomar una cartera; y del Sr. Sagasta, que pasa a otro ministerio de menor significación política; a juzgar por todo esto, decimos, el pensamiento del nuevo Gabinete debe ser grande, patriótico y digno de la revolución».

Intencionado está por cierto el diario progresista montpensierista. Nosotros creíamos que «el nuevo ministerio le hubiera satisfecho más de lo que indica su lenguaje, y que no esperaba, como dice, a conocer el programa del Gobierno para ofrecerle desde luego su apoyo».

El Puente de Alcolea se felicita de la terminación de la crisis y espera del nuevo ministerio grandes cosas; sin embargo, aguarda a conocer sus actos y sus ideas.

Las Cortes, diario democrático, que parece que debía estar muy satisfecho del modo con que ha terminado la crisis, dice que si le preguntasen si estaba satisfecho no sabría qué responder. Lo más notable del artículo de *Las Cortes* son estos párrafos relativos al Sr. Rívero:

«Pues qué, puede dudarse que quien ha hecho su representación luchando por la democracia, pueda volver la espalda a sus principios?»

«Que quien ha contribuido en primer término a la declaración de los derechos individuales, contenida en el título I de la Constitución, habiéndolos escrito antes en su bandera, ¿podría hacer otra política en la esfera del Gobierno?»

«No es posible; es absolutamente imposible que esto suceda; porque nadie quiere su daño, ni nadie puede obrar contra sus convicciones, contra su conciencia, a no hacerse traición a sí mismo, y esto ni en suposición puede admitirse tratándose de ciertas personalidades».

«Pero por qué se le ocurre a *Las Cortes* hablar de lo que le parece imposible? ¿No es esto chocante? ¿Y por qué escribe *Las Cortes* estas líneas?»

«En esta situación, que se inaugura con el Gabinete Prim-Rívero, empieza la crisis suprema de la revolución; es que este recorre su última etapa, y ó la recorre ó muere».

El Imparcial no manifiesta tampoco gran entusiasmo por el nuevo ministerio, a pesar de que dice que la Bolsa le ha acogido con un alza de 50 céntimos en el consolidado. La explicación de la tibia del órgano democrático podría tal vez descubrirse por las siguientes líneas:

Por último, y esto era inútil decirlo, parece haber dejado entrever por algunos la posibilidad de que tanto por la entrada del Sr. Topete, como por algunos otros individuos, pudieran atribuirse al nuevo Gabinete algunas veleidades en sentido montpensierista. La entrada del Sr. Topete no puede, en nuestro concepto, significar otra cosa que el alto aprecio que debe hacerse del iniciador del movimiento revolucionario y el patriotismo de que da muestras el bravo marino siguiendo el ejemplo del Sr. Rívero.

«Los radicales y no pocos de los unionistas están convencidos de que la candidatura del duque de Montpensier, no es posible, y los unionistas saben bien que es y será combatida por los radicales».

De los diarios unionistas que son de anteaer tarde, el que más dice es *La Política*. He aquí sus palabras:

«La reorganización del ministerio en la forma que dejamos indicada ha sido muy recibida en los círculos políticos y financieros».

«Aunque el ministerio es de un sólo color, generalmente inspira confianza de que sabrá mantener el orden y gobernar, que es hoy la suprema necesidad del país».

«Solo los republicanos y unos cuantos radicales exagerados, partidarios de las soluciones temerarias, le han acogido con alguna desconfianza; pero si esta impresión es natural en los primeros creemos no tardará en borrarse en los segundos».

Comprendemos el recelo de los diarios progresistas y demócratas. Para los periódicos republicanos la entrada del Sr. Rívero significa el triunfo del elemento reaccionario, el triunfo del elemento unionista.

Pero lo más notable de los periódicos republicanos es lo que escribía *El Pueblo* antes de resolverse la crisis. Son dignas de leerse las siguientes líneas relativas al señor Rívero.

«Acepte la cartera de Gracia y Justicia; acepte la de Gobernación; lleve si puede a la misma presidencia del Consejo, y repare que abandona la presidencia de las Cortes Constituyentes, la presidencia de la alcaldía de Madrid, y la comandancia general de los voluntarios. ¿Se resigna S. S. con pleno conocimiento de causa? ¿O es que en la resignación va envuelto un grande plan de venganza? ¿Quién sabe! Acaso Prim no lo conozca; acaso no lo sospeche; acaso no lo imagine; mas Zorrilla y Martos lo han previsto, y no quieren ser cómplices del holocausto en que ha de ser inmolada, como víctima expiatoria, la preponderancia actual del conde de Reus y el predominio absoluto de los progresistas».

La Epoca, que para todos tiene, formula así su juicio respecto al término de la crisis:

«Nos limitamos hoy a consignar como lo único positivo en la materia, que la crisis ha terminado mucho más satisfactoriamente de lo que podía esperarse; que el general Prim ha acreditado su paciencia y su constancia, dotes muy apreciadas; que ha habido cierto desinterés y no poca modestia en las personas interesadas en el suceso».

Lo que a primera vista se desprende del precedente resumen, es que los más satisfechos del resultado de la crisis son los unionistas, y que las tendencias radicales de los señores Ruiz Zorrilla y Martos han cedido a la influencia de las del Sr. Rívero que iremos conociendo antes de mucho.

Milagro parece que *La Epoca* no haya desistido a estas horas de su famoso proyecto de minoridad de D. Alfonso con la regencia de Montpensier. Se nos figura que ha sido ya demasiada constancia la de *La Epoca* en sostener su última solución. Y sin embargo, la sostiene valiéndose de los medios más intencionados que le sugiere su habilidad, un poco trasnochada.

Publica párrafos de una carta de Sevilla, en la cual se asegura que muchas personas adictas al duque de Montpensier han acogido la idea de la fusión de la víctima y el verdugo con extrema complacencia, como la medida más salvadora que se le ha podido ocurrir a cabeza de liberal. *La Epoca* indica además que el duque no inspiró el *no rotundo y terminante* dado por los diarios montpensieristas, y aun parece insinuar que el referido duque se mostraba propicio a la patriótica idea del periódico conservador. Verdad es que la misma insinuación hizo respecto de la familia desdoronada en Setiembre, y ya hemos visto cómo *El Telégrafo autógrafa*, hoja isabelina, ha desmentido las noticias de *La Epoca*.

Para dorar mejor la monstruosa pildora que trata de confectionar el farmacéutico

de la calle de las Torres, dice que no hay nada de significación reaccionaria en esa feliz y luminosa idea; sino por el contrario, en ella se funden todas las aspiraciones de la libertad con todas las necesidades del orden.

Ni por esas. Fusione, amalgame, revuelva, zurza, haga cuanto su pobre habilidad crea conveniente para el triunfo del pequeño príncipe D. Alfonso, y al fin de la jornada, *La Epoca* verá que con sus zurcidos, sus amalgame y sus fusiones no habrá logrado más que levantar nuevos obstáculos entre D. Alfonso y el trono de España.

Por el camino de la dignidad se puede ir a cualquier parte; por el camino de la humillación y de la deshonra solo se vá el abismo.

La Epoca, con sus defensas, está empujando hacia el abismo a las personas a quienes defiende.

¡Infortunadas! Siempre les ha sucedido lo mismo.

La República Ibérica examina la nueva faz política y discurre acerca de lo que puede significar para la revolución la entrada del Sr. Rívero en el ministerio.

Parece que el antiguo republicano debía ser una garantía para los republicanos nuevos, por aquello de que quien tuvo y retuvo guardó para la vejez. Pues sucede precisamente lo contrario. *La República Ibérica* cree que ha acabado el partido progresista y que comienza el imperio del Montpensierismo: «el ministerio Rívero es el comienzo de la reacción estable;» dice muy formalmente *La República Ibérica*. Esto nos recuerda que Lafayette, el enemigo más grande de la monarquía de Luis XVI era también calificado de reaccionario por los furiosos demagogos de la revolución francesa, y que los girondinos fueron al patíbulo por reaccionarios.

Rívero el ex-republicano ser hoy la piedra fundamental del reaccionario montpensierismo? Suena parecería si todo lo que sucede en España no fuese cosa de algún diablillo de buen humor. Y así es, en efecto, si hemos de creer al diario republicano. «Téngase en cuenta, dice, que lo que acaba de hacerse es la preparación del advenimiento al trono de España de D. Antonio de Orleans, es el lecho de rosas de sus partidarios».

De sabios es mudar de consejo: el Sr. Rívero es un sabio que ha mudado de consejo. ¿Qué móvil le ha impulsado a variar así de opinión? ¿Habrá oído la voz del patriotismo? ¿Creerá que la felicidad de España solo puede hacerla el duque de Montpensier? ¡El patriotismo! ¡la felicidad de España! Esto, esto indudablemente es lo que ha movido a Rívero, al antiguo republicano, a hacerse el precursor, ó como si dijéramos, el Bautista de Montpensier.

Según de público se asegura, la partida de la porra visitó el sábado la redacción del agudo y popular periódico carlista *El Papelito*, cuyas verdades amargan a los revolucionarios. Ahora, como en otras ocasiones análogas, no sabemos que la autoridad haya corregido tamaños atropellos, denunciado en estos términos por dos periódicos liberales:

Dice El Imparcial: «Se nos denuncia por persona competente el hecho de haberse presentado la partida de la porra en las oficinas de *El Papelito*, periódico carlista».

Parece ser que los individuos de la citada partida se llevaron las matrices de suscripción y manifestaron su propósito decidido de no permitir que apareciera el número que *El Papelito* debe publicar hoy.

Lo sabe esto el Gobierno? Pues si lo sabe, esperamos que tomará las medidas necesarias para amparar en su indisputable derecho a la redacción del periódico carlista.

Respecto a la libertad y al derecho de todos y si posible fuere hacer en este punto distinciones, que no lo es en ningún modo, más respeto aun a la libertad y al derecho de nuestros adversarios políticos».

La Igualdad, cuya imparcialidad nos hemos complacido en reconocer más de una vez condena con enérgica indignación el atentado cometido en la redacción de *El Papelito*: he aquí sus nobles palabras:

«Ayer, dice, en pleno día, y durante la noche, en la alta capital de las Españas, imperó el general Serrano, siendo ministro Prim, hallándose entre nosotros el eminente Olózaga, y coincidiendo con la entrada triunfal de Rívero en el ministerio, ha tenido lugar, ó más bien, se ha repetido una de esas escenas de salvajismo y de barbarie, que no se han visto bajo los gobiernos más opresores y corrompidos, que no puede presentarse sin estremecerse un pueblo medianamente civilizado, y que solo se conciben entre los cafres y hotentotes».

Ayer tarde, según nos han dicho personas bien informadas, según resulta de una comunicación que obra en nuestro poder, y según es público, fué allanada a viva fuerza la administración del periódico titulado *El Papelito*, por cinco hombres, mientras otros de la partida quedaban fuera de la casa, protegiendo aquel acto de vandalismo.

Se presentaron é invadieron la administración, diciendo: «Hoy no se publica este periódico; somos la partida de la porra y queremos impedirlo».

Después se apoderaron, á manera de bandidos, de los libros de suscripción, de los ejemplares del periódico y de varios papeles y documentos de importancia y se los llevaron.

No faltó quien se atrevió á dar parte de tan infame atentado á la autoridad del distrito, la cual envió dos ó tres parejas de agentes de orden público á las avenidas de la imprenta de Tello (Isabel la Católica, 23); pero ¡oh baldón! esas parejas desaparecieron tan luego como se presentó el jefe de la partida, que se apoderó también de los ejemplares que iban al correo.

Toda la tarde y toda la noche ha permanecido la partida guardando la imprenta de Tello para evitar que salieran ejemplares del periódico, y jurando que hoy no había de publicarse, sin que la autoridad de esta capital, donde reside un Gobierno que se llama liberal, haya impedido tan repugnantes tropelías.

Denunciaron esos infames atentados contra la prensa, contra las personas y contra la propiedad, debidos, sin duda alguna, á la criminal impunidad de otros análogos, que no habrán olvidado nuestros lectores.

No importa que el periódico objeto de tales atropellos defienda principios opuestos á los que nosotros sostenemos, para que condenemos á los vándalos que se han atrevido á perpetrarlos; esta cuestión interesa á toda la prensa y á todos los hombres honrados, porque, á la verdad, tales casos vamos viendo, que hay motivo para temer

que Madrid venga á convertirse en Sierra-Morena.

Se nos han citado nombres propios, pero si de algo sirven en España los tribunales de justicia y las autoridades, á ellos incumba averiguar lo que, por su escandalosa publicidad, no ignorará quizá ningún vecino de la calle de Isabel la Católica y limitrofos».

Por nuestra parte, protestamos con todas nuestras fuerzas contra el inefable atropello de que ha sido víctima la redacción de *El Papelito*, creyendo, como *La Igualdad*, que la impunidad de semejantes atentados es la causa de que se repitan, con escándalo de todas las personas honradas.

¿Hay ley ó no hay ley? Si hay ley y ella garantiza la libertad de imprenta, respétese el derecho de los escritores, procesándoseles enhorabuena cuando delincan. Pero proclamar la libertad de imprenta, y amordazar á la prensa á garrotos, es una iniquidad sin ejemplo en los pueblos cultos. ¿A qué se miente libertad, si el lapiz rojo de los anti-gueros fiscales es sustituido por el garrote de los apaleadores?

Mientras la ley no se cumpla, y la seguridad y propiedad estén expuestas á atropellos como el que denunciamos, los hombres de bien tendrán que vivir en Madrid armados y prevenidos, como si atravesaran los montes de Sierra-Morena, para repeler la fuerza con la fuerza. No hay medio: ó la ley, ó el revolver. Por el camino que llevamos desde la revolución, cada casa se va á tener que convertir en trinchera y cada calle en campamento, y no habrá manera de evitar que se ande á palos, y á tiros todos los días, so pena de que emigren de este país todos los hombres honrados.

Vergüenza da que en pleno día y en la capital de España, sucedan cosas como la que motiva las reflexiones precedentes.

El Universal no puede aguantar que «*La Política*, periódico democrático y revolucionario, puesto que profesa y sostiene, según dice los principios democráticos proclamados por la revolución, recomiende á las pollas y también á los pollos, que aspiren á contraer el santo lazo matrimonial» la lectura de una novela destinada á combatir el matrimonio civil».

Discurriendo con los pies, como suele hacerlo *El Universal*, dice á *La Política*:

«Quisiéramos que la liberal y revolucionaria *Política* ó el sacristán autor de la novela se sirviesen decirnos qué inconvenientes puede haber en que los esposos, además de estar unidos por el sacramento, se hallen ligados por un contrato civil irrevocable».

Aunque no somos *La Política*, vamos á contestar á *El Universal*. Ante todo si el periódico progresista supiera lo que dice, no preguntaría á nadie qué inconveniente puede resultar de que al sacramento del matrimonio se una la celebración de un contrato civil irrevocable, porque el matrimonio civil no es eso ni cosa parecida. *El Universal* debe saber, y si no lo sabe puede aprenderlo, que el matrimonio civil, ó sea la mancebia legal, prescinde absolutamente del sacramento del matrimonio, y casa por detrás de la iglesia, como se dice en Castilla para designar ciertas uniones ilícitas de la misma índole de las que hoy se pretende legítimas en España. Si solo se tratara de unir al sacramento no ya el contrato irrevocable, como dice *El Universal*, porque el contrato existe completo y acabado en el momento de administrarse el sacramento; sino una prueba exterior del contrato hecha á gusto del poder civil, entonces los católicos nada tendríamos que oponer ciertamente, y si nos causarian pena la ingratitud á la Iglesia y la desconfianza de la misma por parte de los poderes de la tierra que desde los tiempos más remotos no han tenido otros datos estadísticos que los suministrados por los Párrocos y los Prelados; en cambio nos consolaría la esperanza de no ver en lo sucesivo convertidas en otros tantos centros del Estado las oficinas parroquiales y diocesanas, en las cuales, hasta ahora, han robado un tiempo precioso al celo de los señores Obispos y Curas las impertinentes exigencias de la autoridad temporal.

Por lo demás nosotros que no podemos menos de convenir con *El Universal* en que *La Política* no tiene derecho á censurar la mancebia legal y demás abusos é impiedades de la revolución, supuesto que ese periódico se gloria á cada paso de haber contribuido á ella más aun que progresistas y demócratas; nosotros que estamos conformes en esto con *El Universal*, no podemos menos de alegrarnos de la inconsecuencia de *La Política*, por dos razones: 1.ª porque *La Política* pone en ridículo la mancebia legal, y 2.ª porque no queda mejor parado el diario unionista al asustarse de una de las muchas consecuencias horribles para España de la ingratitud, ambición, deslealtad y verda lero cinismo político de la unión liberal.

A lo que decimos en otro lugar sobre el atropello de que ha sido víctima *El Papelito*, hay que añadir que anteayer, ayer, y creemos que hoy, la partida de la porra está custodiando la administración de dicho periódico para impedir que salga á la venta ningún ejemplar, como solían hacerlo en otro tiempo dependientes de la autoridad después de una denuncia.

Y se dirá todavía que no somos libres!

Mientras en Madrid se ataca la propiedad ajena y anda la porra lista, el gobernador de Vitoria ha prohibido el uso de boinas blancas, garrotes y trancas, tres cosas sin las cuales los vascongados no saben ni andar.

Proponemos al Sr. Rívero, nuevo ministro de la Gobernación, que traiga á Madrid al gobernador de Vitoria y mande á Vitoria el de Madrid.

Todos ganaríamos en el cambio.

«Tardar y parir hija», se dijo hasta ahora en España; «tardar y parir Montpensier», decimos hoy á los progresistas.

El ministerio ha quedado constituido en la forma siguiente:

Presidente y ministro de la Guerra, el general Prim.

Ministro de Estado, D. Práxedes Mateo Sagasta.

Ministro de la Gobernación, D. Nicolás María Rívero.

Ministro de Gracia y Justicia, D. José Montero Ríos.

Ministro de Fomento, D. José Echegaray.

Ministro de Hacienda, D. Laureano Figuerola.

Ministro de Marina, D. Juan Topete.

Ministro de Ultramar, D. Manuel Becerra.

Los progresistas, tan listos como siempre.

Son hoy lo mismo que el 43, lo mismo que el 56. Progresan como el cangrejo.

Ya no falta mas que dar á Serrano todas las prerrogativas régias, y entonces los progresistas gritarán con toda la fuerza de sus pulmones: ¡viva la libertad!

La Agencia Havas ha transmitido un telegrama de Roma concebido en los siguientes términos:

«Roma, 8.—Algunos Padres del Concilio, pertenecientes á la fracción ultra romana, han redactado y firmado una petición al Papa sosteniendo la oportunidad de definir la infalibilidad personal. Su intención parece ser obligar á la Asamblea y al Papa mismo á dar este paso; pero es dudoso que cien firmas obliguen á 750 prelados de que se compone el Concilio. Por otra parte, asegúrase que el Papa no dejará que se trate esta cuestión en el Concilio, si antes no adquiere la seguridad de obtener la unanimidad de los votos. Por consiguiente, abriga la intención de no recibir la petición sino á título de homenaje».

Esta agencia revolucionaria no sabe lo que trae entre manos. Ignorábamos que hubiese en la santa Asamblea una fracción ultra-romana, la cual debe estar más allá de Roma ó ir más allá de donde vá Roma en los asuntos de fé, ni sabíamos que hubiese siquiera fracciones en el Concilio como en los ridículos Parlamentos liberales.

También es singular que la agencia, en vez de dar noticias exactas como era su deber, se entretenga en interpretar las intenciones de los Padres y las del mismo Sumo Pontífice. Si esos Prelados han escrito la petición al Papa, lo habrán hecho para rendir un homenaje de fé en la infalible cátedra apostólica, pero no para pedir que se declare este ó el otro dogma, porque estando reunido el Concilio, del Concilio bajo la presidencia y aprobación del Papa, saldrá la definición de los dogmas que se crean oportunos.

Y pierda cuidado la Agencia Havas, y pierdianlo todos los que gastan el tiempo en clavar el diente de la calumnia en el corazón de la Iglesia. La Iglesia hablará, y su voz desvanecerá todas las nubes que hayan formado la maldad y la flaqueza humanas y á su vez doblarán la frente todos los que creen que la esposa de Jesucristo no puede engañarse ni engañarnos.

Tomamos de *El Imparcial* de hoy las siguientes noticias.

«Hoy á las dos de la tarde tomará posesión de su cargo el nuevo ministro de la Gobernación Sr. Rívero».

«El nuevo ministro de Estado, D. Práxedes Mateo Sagasta, tomará posesión de su nuevo departamento esta tarde á las tres».

«Parece ser que el nuevo ministerio tiene el proyecto de apresurar la discusión y promulgación de las leyes orgánicas, y no tratar de la persona que ha de ser llamada á ocupar el trono, hasta después de promulgadas aquellas leyes, en lo cual se cree que se emplearán unos tres meses. Entonces se procederá desde luego á la elección de monarca, ó se darán á la regencia todas las atribuciones constitucionales, declarándose ordinarias las Cortes Constituyentes, y haciendo las elecciones para el Senado».

«Hoy se ha asegurado, no sabemos con qué fundamento, que el cargo de comandante de las fuerzas populares de Madrid, le sería conservado ad honorem al Sr. Rívero».

«Hemos oído asegurar, que algunos batallones de voluntarios de la libertad, van á dirigirse al comandante de las fuerzas populares reclamando contra la orden que dispone no usar el uniforme mas que para los actos del servicio».

«D. José Puig y Llagostera ha sido elegido concejal por el colegio primero de Barcelona».

«El ayuntamiento de Madrid se reúne hoy á las doce para recibir al Sr. Rívero, que se despedirá de sus compañeros de municipio».

CARTAS DE ROMA.

ROMA, 1.ª de Enero.—Voy á contarlos lo que he visto aquí estas Pascuas; pero no los lleveis chasco; antes de empezar os advierto que es imposible dar idea cabal, ni siquiera aproximada, de tanta grandeza y tanta sencillez, de majestad tan grande y tan humilde. Es preciso estar en estos templos asombrosos, ver estos cuadros bellísimos y estas preciosas imágenes, y oír estos cantos soberanos; es preciso ver á esta multitud inmensa, compuesta de hijos de todas las naciones, acudir ansiosa y apiñarse fervorosa y entusiasmada al pie de los altares y en los sitios que ha de atravesar el Papa; es preciso ver la magnificencia augusta, y sin embargo sencilla, del culto, y á tantos sacerdotes y religiosos, héroes en las batallas del Señor, y á tantos Príncipes de la Iglesia venidos de los últimos confines del mundo, y sobre todo, ver á Pio IX, contemplar su rostro, y sentir el fuego dulcísimo de su mirada, y recibir su bendición santísima; en una palabra, es preciso estar en Roma, para sentir lo que yo he sentido, y conmigo todos los que no tienen ciego el entendimiento y de hielo el corazón.

Y á propósito. En un periódico de provincias he leído una carta firmada por un señor á quien no conozco más que para servirle, que me ha hecho reír en grande. No ha de pasar á la posteridad la carta, ni vale el tiempo que se emplea en leerla, mucho menos en refutarla; pero supongo que lo mismo que ella han de decir los otros periódicos de la escuela, porque es género de patotilla del que todos ellos tienen á prevención, y quiero que sepáis á qué ateneros.

Pues habla la susodicha carta de la apertura del Concilio, y comienza diciendo que «las trompetas de los periódicos neo-católicos» como veis, este señor anda atrásculo de noticias, —pregonarán á las cuatro «vientos la grandeza del espectáculo, y en su entusiasmo épico al describir esplendores soñados, llevarán de seguro al ánimo del lector español una impresión bien distinta de la fría realidad».—Parece que este es el tema que se propone demostrar en el resto de la carta; pero no es así, sino todo lo contrario; porque al mismo tiempo quiere insultar á los ministros de Dios y á su Vicario en la tierra, y echarles en cara la riqueza del culto y la miseria de «no sé qué

pobres que dice que se mueren de hambre, y presentar los contrastes y hacer las declaraciones que se hacen en las librerías; y la falta de habilidad o de costumbre, o de ambas cosas, hacen que a renglón seguido, en el segundo párrafo, se embrolle y enrede de manera, que sin pizca de consideración ni respeto a su persona, se desmiente a sí propio, y confiesa que realmente los *neo-católicos* no son, sino vieron el «*expiendor*» de los templos, la majestad de las ceremonias, la riqueza de que han hecho aparatosas ostentaciones los Principes de la Iglesia: «brillantes stavios, suntuosas carrozas, sedas, púrpura, oro...» y entre nubes de incienso y raudales de armonía las aparatosas ceremonias de la Basílica de San Pedro... Y como si esto no bastase para probar que no hubo la *fríaldad* que dijo al principio, ni *expiendor* soñados, sino reales, confiesa ingenuamente que salió del Vaticano «después de admirar la magnificencia de aquel monumento, la riqueza inmensa de aquellas masas de mármol, bronce y salabrazos, el caudal acumulado en sus fastuosas ornamentaciones...» y le llama «emporio de riquezas», y pinta «las carrozas de los Cardenales con más lujo que el que arastran los principes de la tierra», y «aquella procesión de 800 Obispos revestidos de sus copas corales de blanca seda y bordadas de oro», y «aquel raudal de riquezas, en fin, que corría por las naves de San Pedro...»—Decidme ahora si os parece *frío* un culto celebrado con tantas riquezas y tanta música y tanto aparato, y en templos tan magníficos; decidme si tales realidades son *expiendor* soñados, y si no es cosa de reír ver cómo se burlan de sí mismos estos pobres liberales.

Que un liberal se contradiga no es maravilloso; maravilloso sería que hablase en razón; lo que pasma y asombra es la frescura con que el autor de la susodicha carta habla del lujo y fausto y suntuosas quintas de los Principes de la Iglesia, y de la miseria de los pobres de Roma, y del horrible contraste que a sus ojos ofrece tanta riqueza y tanta pobreza. Dice que es aficionado a los contrastes, y que desde San Pedro se fué al Trásterre a ver pobres harapientos que piden *per mangiare*, mientras arrastran «trajes de seda y oro los ministros del Dios que santificó la pobreza!» Y exclama en tono patético que hará soltar la carajada a quien haya estado en Roma, con los ojos abiertos siquiera una semana: «Y no habré habido en Roma el 8 de Diciembre una distribución de limosnas a los pobres, mientras se gastaba un caudal para solemnizar la inauguración del Concilio!» No lo sé, es posible que no; lo que sé es que no necesitan estos pobres de limosnas extraordinarias para pasarlo mejor que los pobres de todas las otras naciones.

Lo primero que de seguro se os ocurrirá será que si el autor tenía gana de ver pobres ese día, no era el mejor medio de conseguirlo irse al Trásterre, porque es de presumir que los que tuviesen hambre irían a pedir limosna a donde había quien se la pudiese dar, al Vaticano, en donde estaba toda Roma y medio mundo. Ni dejará de ocurrirnos que, por grande que fuese, el autor de la carta podría haber hartado su deseo de ver pobres, sin más que acercarse a los innumerables pobres voluntarios que en vez de hacer ridículas declamaciones, dejaron por Cristo riquezas y placeres; que algunos había en el Vaticano con los pies desnudos y los cuerpos vestidos de áspera estameña y durísimo cilicio.

Pero dejando eso a un lado, yo os diré que el autor de la carta no ha visto de cerca al Papa, ni a los Cardenales, ni a los Obispos, o ni de lejos ni de cerca ha visto a los principes de la tierra; porque de otro modo no diría que los principes de la Iglesia tienen más lujo que arrastran los principes de la tierra; sino al contrario, tendría que decir, para no faltar a la verdad, que el Papa, que es también rey de Roma, y los Cardenales, que son principes de la sangre, y aun en cierto modo, principes herederos, viven al o más humildemente que los otros principes del mundo, y aun, sin ir más lejos, que algunos principes y grandes romanos; que los Obispos, principes de la Iglesia, habitan por regla general en modestísimas, algunas más modestas que la mía, y probablemente que la del autor de la susodicha carta; que hay muchos tan pobres que viven de limosnas, y han venido y están viviendo y se volverán a sus remotas diócesis a expensas de Su Santidad, que en tales obras emplea lo poco que tiene; y que el esplendor y las riquezas los guardan todos para dar culto a Dios, dador de todas las riquezas y autor de todos los esplendores. Y bueno, y justo, y convenientísimo es que la Iglesia y sus principes y ministros posean bienes temporales; y la experiencia de largos siglos ha demostrado que la Esposa de Cristo puede vivir en el poder y la opulencia, lo mismo que en la persecución y el martirio, sin mancharse con el fango de la tierra; y la verdadera civilización europea que se formó, y las ciencias y las artes que se desarrollaron, y todos los pueblos que vivieron y se transformaron a su amparo, y las turbas de pobres que surgieron de los progresos mismos de la industria así que la Iglesia dejó de poseer, están diciendo a voces si el mundo perdía algo con que la Iglesia fuese rica; pero aun los ciegos que piensan de otro modo, cómo se atreven a hablar del lujo de los ministros de Dios, cuando la civilización moderna les ha robado ya casi todo lo que tenían, y ha reducido al Papa, y a cuantos de él dependen por lo tanto, a vivir de limosnas como mendigos? Si no les quedase más que un pedazo de pan para alimentarse y catacumbas para vivir, y para dar culto a Dios sus oraciones, aun rugirían frenéticos los hijos de la civilización moderna, ni más ni menos que las fieras que despedazaban a los cristianos y los paganos que los veían morir en el Coliseo. ¿Cómo han de conformarse con que haya todavía unos cuantos palmos de tierra donde pueda reposar la Silla de Pedro, y donde las almas puedan respirar aire puro y vivificador de piedad, entre emporios de ciencia y maravillas del arte?

En cuanto a los pobres de Roma, ¿qué he de decirlos que vosotros no sepáis? En efecto, por las calles se ven algunos pobres, todos los que hay y quieren pedir; porque el Papa, y los Cardenales, y los Obispos, y los principes romanos no tienen los nervios tan delicados como los ricos afechinados de los otros pueblos, que no puedan soportar la vista de la pobreza; ni apartan los ojos con repugnancia cuando el mendigo pasa rozando con sus vestidos; antes al contrario, los Doria y los Corsini y los Borghese y todos los otros principes, tienen abiertos sus palacios y sus museos y sus jardines para todo el que quiere visitarlos, aunque no vista sedas y terciopelos, sino pobrisis mos harapados. Si, en verdad, por las calles de Roma andan con libertad los pobres, porque aquí no se estima delito la pobreza; ni se encierra a nadie por ser pobre; eso queda para los pueblos libres, para las sociedades en que se da amplia libertad para predicar todo género de errores y maldades, donde se santifican la rebelión y la deslealtad y la traición, y todo linaje de crímenes, donde solo se pone freno, y aun cadenas, a todo lo que es bueno, sagrado y santo. En Roma se ven pobres, es verdad; pero no las turbas de pobres que se suelen morir de hambre en las calles de Londres, ni siquiera los pobres innumerables que hace poco pululaban medio desnudos y hambrientos por las calles de Madrid, y ahora están encerrados en los asilos forzosos de Moreno Benítez; ni la multitud de pobres que muertos de hambre y de frío acosan al viajero en los caminos de Italia; sino muy pocos pobres, y esos pocos, ni hambrientos ni desnudos.

Y es natural. Como que si tuviesen hambre y frío, y no encontrasen abrigo y alimento implorando la caridad, acudirían a los muchos asilos de todas especies que hay en Roma, mejor cuidados y atendidos que los mejores del mundo, por el Papa, por los Cardenales, por los Obispos, por los nobles y por las infinitas órdenes consagradas a la caridad, que solo nacen y crecen en el seno de la Iglesia católica, y que por consiguiente viven y prosperan en Roma como en ninguna parte.

Y no creáis que aquí se cuida solamente del alimento material de los pobres. Además de lo que hace la caridad particular; además de los innumerables beneficios que aquí, como en todas partes, hacen las órdenes monásticas y el Clero secular, hay una porción de fundaciones, muchas de Pío IX, para dar no solo educación moral y religiosa, que eso aquí a nadie puede faltar, sino instrucción sólida, y aun carrera. A cada paso se encuentran por las calles batallones de niños y de jóvenes, colegiales o seminaristas, unos vestidos de hábitos blancos, que parecen Papas en miniatura, otros de encarnado, como los Cardenales, cada colegio y cada Seminario con su hábito particular; y yo me quedo pensando que entre aquellos muchachos, algunos de los cuales pedían ayer limosna, van los que mañana han de continuar la obra de los Macchi, y los Rossi, y los Sacchi, y los San Severino, futuros principes de la Iglesia, y ¡quién sabe! quizá alguno ocupará la Silla de San Pedro.

Una cosa muy notable está sucediendo en Roma y en Italia. En las demás naciones del mundo una de las cosas que más preocupan a los Gobiernos es que no falte trabajo a los obreros; en este país privilegiado no hay masas de obreros, sino de artistas. Pues bien; en Italia, donde todo el interés lo absorbe la política, los artistas se mueren de hambre, y andan mendigando una pensión del Gobierno o que les compre sus cuadros; yo lo he visto, yo he hablado con ellos; alguno de los que están en esta situación es amigo nuestro. En Roma los artistas tienen siempre trabajo, y encuentran siempre quien les compre sus obras.

¿Cómo se hace el milagro? Si algún liberal me oyese, puede que dijera: «Atrumando a los ricos; eso es socialismo puro.» Pero no sé qué diría cuando se enterase de que a pesar del latrocinio de Italia y todo lo demás que ha sucedido, y a pesar de que el Papa no ha querido hacer economías que dejarían sin comer a una porción de gente, las contribuciones no se han aumentado en un céntimo. Puede ser que aun me dijese un liberal si me oyera: «Mire Vd. qué chiste! Pero al Papa le socorren todos los católicos del mundo!» Es verdad; y con efecto, no deja de tener chiste que cuando todos los contribuyentes del mundo se resisten a pagar lo que sus Gobiernos les piden, hasta el punto de que muchas veces los Gobiernos tienen que cobrar las contribuciones a cannonazos, haya un Soberano, uno solo, a quien den contribución voluntaria, después de pagar la forzosa, todos los católicos del mundo.

Pero aún es mayor de lo que parece el chiste. Porque el rey de Roma es a la vez Papa, y las limosnas de los católicos no le alcanzan a todo, ni muchísimo menos; sino que en Roma hay una porción de principes, nobles a la antigua usanza, que en vez de emplear sus inmensas riquezas en hacer negocios de banca, o malgastarlas en las miserias del lujo improductivo y corruptor, las emplean en hacer obras piadosas, y en levantar edificios, y comprar cuadros y estatuas, con que protegen a los artistas y dan gloria a su patria. Cuéntase, por ejemplo, de no sé qué príncipe de estos que oyó lamentarse al Papa de la grande escasez que había en un pueblo de estos Estados, y al día siguiente se puso a hacer un magnífico palacio en aquel, con lo que hubo quien comprase y quien vendiese, se restableció la circulación y se acabó el hambre. Ahora mismo, el príncipe Torlonia está gastando un dineral fabuloso en un bellísimo altar de plata, obra insignie de arte, para una iglesia de Roma. Y sería cuento de nunca acabar, fuera de que exigiría estudio muy detenido, contaros todas las causas de que aquí los pobres y los ricos, los artistas y los campesinos, los nobles y los plebeyos lo pasan moral, intelectual y materialmente mucho mejor, pero muchísimo, incomparablemente mejor que en otras partes. Y es de advertir que el Erario público no está desahogado, ni mucho menos; con solo pensar en lo que aquí ha sucedido en estos últimos años, comprendéis los apuros que pasará el ministro de Hacienda.

¿Cosa verdaderamente admirable! Todos los Gobiernos del mundo tienen que exigir

por fuerza lo necesario para los pobres; aquí la caridad y el amor dan hasta lo superfluo. En todas partes hay o amenazan conflictos horribles producidos por el odio entre los pobres y los ricos; sólo aquí la clase pobre sigue amando y bendiciendo a la clase rica, que es su amparo; sólo aquí se ve a los pobres y a los ricos, a los nobles y a los plebeyos, dejar sus casas, abandonar sus tareas, apresurarse, correr, apiñarse para ver a su soberano y saludarle con voces de amor, que hacen palpitir de entusiasmo y de alegría los corazones que, como el mío, no habían oído hasta ahora gritar a las multitudes mas que para provocar revueltas y trastornos, o para celebrar con feroz alegría triunfos sangrientos y espantosas catástrofes.

Pero quería haberos dado noticias de las fiestas de Pascua, y ya no tengo tiempo. ¿Cómo ha de ser! Otro día lo haré, si Dios quiere. Lo peor del caso es que las obras de que os hablo merecían un libro, y muy pensado; y tan de prisa he escrito esta carta, que no sé si podréis comprender todo lo que en ella indico.

Los periódicos del sábado por la noche confirman las noticias que venían nuestros lectores en *El Pensamiento* del mismo día sobre crisis. La *Correspondencia* añade que el micróscopo probablemente se hará la elección de presidente de las Cortes y se proveerá también la vacante de vicepresidente que dejará el Sr. Topete si por fin entra en el ministerio.

El mismo periódico añade que, supuesta la dimisión del subsecretario del ministerio de la Gobernación, Sr. Moncasi, se indicaba para dicho cargo al Sr. Ramos Calderón.

La *Epoca* decía entre otras cosas sobre el remiendo del ministerio:

«En el salón de conferencias no ha dejado de causar sorpresa el desenlace de la crisis; pero cuando creamos que una combinación cuya importancia debíamos confesar satisficiera las esperanzas de los que ante todo deben apetecer el prestigio de la revolución, hemos observado que no había más grupo, sinceramente satisfecho, que el de los unionistas, no obstante no formar parte del Gabinete ninguno de sus amigos; los progresistas se declaraban en expectación belévoles, y la satisfacción que en unos demócratas producía la entrada del Sr. Rivero, estaba templada por el disgusto que causaba a otros la salida de los Sres. Martos y Ruiz Zorrilla.»

Una cosa hallaba dicho periódico en el desenlace de la crisis; que las vacilaciones dejan de ser posibles, y que tenemos que aproximarnos a su desenlace.

Como quien dice al fin del drama.

El *Imparcial* de ayer publicaba las siguientes noticias sobre el mismo tema:

«La crisis está definitivamente resuelta. Después de algunas gestiones inútiles para que el Sr. D. José Olózaga formase parte del Gabinete entrando en el departamento de Gracia y Justicia, se propuso esta cartera al Sr. Montero Ríos, que la aceptó.»

El Sr. Rivero sustituye en el ministerio de la Gobernación al Sr. Sagasta, y el brigadier don Juan Topete vuelve a ocupar el departamento de Marina.

—Hoy almorzarán juntos los individuos del nuevo Gabinete en casa del general Prim.

Decíase anoche que en esta reunión, y antes de jurar en manos de S. A. el regente el nuevo ministro de la Gobernación Sr. Rivero, presentaría a sus compañeros de gabinete algunas soluciones para las más importantes cuestiones pendientes.

En efecto, los individuos del presente Gabinete almorzaron juntos, y he aquí, según nos cuenta *La Epoca* de anoche, el resultado de las discusiones de sobremesa:

«La actual existencia política de España, dice por manera de preámbulo, es un drama continuado, más abundante en peripecias y golpes de sorpresa que aquellas imprevisibles combinaciones con que Bouchard hacía nuestras delicias veinte años há. A nuestros lectores de provincias les hemos enviado un número fundado en la creencia de que había ministerio: a los de Madrid tenemos que decirles que den por no escrito todo lo que llevan leído y que se resignen a volver a empezar. Al anochecer la crisis está resuelta. Los presuntos ministros se reunieron a almorzar, y después de los postres, el señor Rivero expuso la conveniencia de que antes de jurar, todas las cuestiones fueran examinadas, todas las soluciones convenidas.

El Sr. Rivero obraba muy cuerdoamente, pues no podía ignorar que todas las dificultades y todos los fracasos de los diferentes ministerios formados después de la revolución, habían procedido de reunirse un cierto número de personas para componer Gabinete, sin hablar de nada, sin conferencia sobre ningún asunto, sin resolver de antemano las eventualidades políticas que pudieran presentarse.

El Sr. Rivero, que indudablemente hacía un gran sacrificio aceptando el ministerio de la Gobernación, quería saber hasta qué punto estaban conformes sus presuntos compañeros, y empezó por trazar un cuadro de lo que debe hacer el ministerio de la Gobernación, cuadro en el que cabía la mejor parte al restablecimiento del orden material y moral.

Hasta aquí todo iba bien, pues aunque según refieren los bien informados, algo dijo el Sr. Rivero que no tuvo el asentimiento de todos, no pareció que fueran diferencias esenciales.

La conversación, que llamaremos pre-ministerial, se aplazó para las cuatro de la tarde, con el fin de que, no habiendo novedad, los nuevos ministros juraran esta noche; y por la tarde ha sido cuando el Sr. Topete, que por la mañana no pudo meter baza, manifestó que la presencia del Sr. Montero Ríos en el ministerio prejuzgaba la conservación de los proyectos del Sr. Ruiz Zorrilla, y que él, sin desearlos, no creía que la nueva administración debiera cargar con semejante responsabilidad.

Esto, la situación personal del Sr. Montero Ríos, que no siendo diputado no puede asistir a las sesiones, alguna otra disidencia que en vista de lo expuesto se manifestó con motivo de las declaraciones del Sr. Rivero, fué causa de que, a las seis de la tarde, se creyera en el salón de conferencias que estaba renovada la crisis y que había necesidad de volver a empezar, descartadas las personas del Sr. Olózaga (D. José) y del Sr. Topete, que había hecho condición de su entrada de la de aquel.

Debemos creer por esto perdidas las esperanzas de que todo se arregle en paz y concordia? Todavía no, conocida la paciencia de que el señor general Prim está dando tan abundantes pruebas; pero el hecho, al cerrar nuestra edición de Madrid es que los ministros no juran esta noche y que estamos como al principio.

Y eso que no hay obstáculos tradicionales!»

Sin embargo, *La Correspondencia* refiere que anoche a las nuevas fueran a jurar los nuevos ministros, en estos términos:

«A las siete, hora en que cerramos esta edición, han entrado en palacio en las habitaciones del regente todos los ministros, incluso el señor Topete, con objeto de que juren los nuevos, y quizá celebrar después un Consejo bajo la presidencia del duque de la Torre.»

En cuanto a las nuevas dificultades de que habla *La Epoca*, dice el diario noticiario lo siguiente:

«Esta tarde se ha dicho que surgían nuevas dificultades para la constitución del gabinete, y que el Sr. Topete se negaba a formar parte de él por no haber entrado el Sr. Olózaga (D. José); pero no debe ser cierto, porque esta tarde a última hora ha ido el Sr. Topete a jurar en manos del regente.»

La situación es una nueva torre babilónica.

Leemos en *El Imparcial* de ayer:

«Se nos denuncia por persona competente el hecho de haberse presentado la *partida de la porra* en las oficinas de *El Papelito*, periódico carlista.

Parece ser que los individuos de la citada partida se llevaron las matrices de suericion y manifestaron su propósito decidido de no permitir que apareciera el número que *El Papelito* debe publicar hoy.

«Lo sabe esto el Gobierno? Pues si lo sabe, esperamos que tomará las medidas necesarias para amparar en su indisputable derecho a la redacción del periódico carlista.

«Respecto a la libertad y al derecho de todos y si posible fuere hacer en este punto distinciones, que no lo es en ningún modo, ¡más respeto aún a la libertad y al derecho de nuestros adversarios políticos!»

A propósito del reciente desorden ocurrido en Valencia, leemos en *Los Dos Reinos*:

«Son las ocho y media se refiere a la noche del 2, y la tranquilidad se halla completamente restablecida.

Pero esta tranquilidad es la material; que la moral tardará en restablecerse.

Hay una alarma perdurable en el vecindario, alarma que no ha de desaparecer ciertamente siguiendo las cosas como van.»

Segun escriben de Cádiz a *El Imparcial*, en Algar han aparecido cortadas las cepas y árboles frutales de una hacienda del alcaide de esta última villa.

Leemos en *La Correspondencia*:

«El director de *El Otro*, D. Antonio Sanchez Perez, ha celebrado juicio de conciliación con el procurador del Sr. Moreno Benítez, gobernador de Madrid, y no ha resultado avenencia.»

Dicho periódico anuncia que cesa en su publicación.

Segun dice un periódico, el martes próximo ocupará el regente con un banquete al señor Olózaga y al cuerpo diplomático extranjero.

La *Patria* dice que D. Manuel del Palacio ha sido nombrado secretario de la legación de España en Londres.

De estos progresos se ven hoy muchos.

Segun dice un periódico, los republicanos, aprovechando el tránsito del Sr. Rivero desde el sillón de la presidencia al banco azul, se disponen a hacer una rudísima campaña, esperanzados de que han de atraer a muchos radicales, y de que han de sacar de sus casillas al señor ministro de la Gobernación a una lucha constante.

Se confirman las noticias recibidas del Paraguay. Iguatemy fué ocupado por los brasileños sin resistencia, y Lopez ha tenido que abandonar el territorio de la república. Esperábase en Montevideo al conde de En con parte de las tropas de regreso del teatro de la guerra.

Dice un periódico de Cádiz que han sido despedidos unos 300 trabajadores del arsenal de la Carraca.

Dice anoche *La Correspondencia*:

«En la recepción del Sr. Rivero a la milicia ha hablado el Sr. Madoz a nombre de los comandantes, como el más antiguo, recordando que el Sr. Rivero era y había sido una garantía para la libertad y persona de toda la confianza de la milicia con cuyo apoyo podría contar para sostener la libertad y contener la especie de alegría que manifestaban los reaccionarios mirando a lo porvenir, pues en el sitio que desde el balcón se veía, la plaza de la Constitución, había recuerdos que evocaban de la sangre vertida por el sostenimiento de los principios liberales.

El Sr. Rivero dijo gracias por tal confianza y por el apoyo que había hallado siempre y en momentos de peligro para sostener el orden en Madrid sin menoscabo de la libertad.

Dijo también que dentro de pocas horas dejaría de ser comandante de los voluntarios de Madrid para ser jefe como ministro de la Gobernación de todos los de España, y que consagraria sus esfuerzos a organizar y armar a toda la milicia, de modo que sea como en Madrid el más cumplido sosten del orden y la libertad; y que así lo conseguiría abandonando su puesto.

El Sr. Madoz le dió a su vez las gracias, y añadió que comprendía cuán grande era el sacrificio que el Sr. Rivero hacía al dejar su puesto de presidente de las Cortes por el de ministro, porque él había tenido que pasar por caso igual.

Terminados los discursos, fueron desfilando los comandantes, y después las comisiones de los batallones.»

Segun dice un diario democrático, para la presidencia de las Cortes se hablaba de D. Salustiano Olózaga y del Sr. Ruiz Zorrilla. Sin embargo, añade, el primero parece reunir más probabilidades, y se decía que el cargo de presidente de la Asamblea continuaria vacante hasta que fuese elegido diputado el Sr. Olózaga.

El brigadier Nanetti, que tanta parte tomó en Béjar en favor de la causa de don Isabel II, acaba de ser víctima de un ataque apoplético en Valladolid.—R. I. P.

Noticias tomadas de varios periódicos de anoche:

«El Sr. Gald, alcalde segundo, se encargará en el ayuntamiento de la vacante del Sr. Rivero.

«D. Julian Rodríguez Ayala ha terminado un proyecto de modificación de la deuda, el cual presentará uno de estos días el Sr. Figuerola.

«De un día a otro saldrá para Roma a donde va de segundo secretario, el Sr. D. Santiago Alonso Cordero.

«Se habla de la formación de un centro izquierdo compuesto de algunos demócratas y muchos radicales amigos de los Sres. Martos y Ruiz Zorrilla, que aunque no se pondrán frente a frente del nuevo Gabinete que forme el general Prim, serán una fuerza constante para compeler al Gobierno a las soluciones radicales.

«En Santander ha sido celebrada con repique de campanas, bandas de música por las calles e iluminación en los edificios públicos y casas particulares, la fausta noticia de la ya casi segura pacificación de Cuba.

«Dice que el Sr. Acuña, nombrado secretario de la legación de España en Londres, volverá a ser nombrado oficial del ministerio de Estado.

—El Sr. Salvaterra adelanta en su convalecencia, si bien de las lesiones locales quedan síntomas de alguna consideración.

CORREO DE HOY.

Dice una carta de Roma publicada por el *Monde*:

«Hace dos días que en el más hermoso templo que han construido los hombres, junto a la tumba del príncipe de los Apóstoles, bajo la protección de María Inmaculada, se ha visto un espectáculo magnífico y conmovedor, que habrá hecho estremecer al infierno, alegrarse al cielo, y que habrá llevado la confianza y la alegría a todos los hombres de buena voluntad. Nos referimos al instante supremo y solemne en que el Papa, bajando de su trono, con la cabeza descubierta y la mano extendida sobre los Santos Evangelios, pronunció con voz fuerte pero conmovida, la hermosa profesión de fe de Pío IV, y sucesivamente a pos de él, los Cardenales, Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos, Abades, Generales y Vicarios generales de las órdenes religiosas, arrodillados y con la mano puesta también sobre los Divinos Evangelios, fueron a repetir, en el idioma de los diferentes ritos de Oriente y Occidente, su adhesión y su juramento a esta profesión de fe que contiene las creencias católicas.

Bueno y justo es que todos los fieles repitan de todo corazón esta protesta de fe, en unión del Sumo Pontífice y de los principes de la Iglesia, nuestros Obispos y Pastores.

Esta protesta es bien conocida de nuestros lectores, pues circuló con profusión en España cuando se celebraron las funciones de desagravios.

Una carta de Roma da detalles sobre la sexta Congregación general, en que se proclamó la comisión de *Ordenes regulares*, ya conocida de nuestros lectores.

Con la gran cortina que divide la sala conciliar se ha logrado, agrupando un poco los asientos, hacia el ábside, que se oiga menos mal a los odores. En esta Congregación se obtuvieron buenos resultados, aunque todavía no han desaparecido todos los inconvenientes acústicos de la sala.

La sesión empezó por el Santo Oficio de la misa que tuvo la honra de celebrar el señor Arzobispo de Valencia, después de lo cual, el Cardenal de Luces que presidia, la oración *Adsumus Domine Sancte Spiritus*, etc.

La carta dice luego:

«El Cardenal de Luces, rogó luego a los Padres que tuvieran presentes en sus oraciones a los miembros del Concilio que han fallecido y que son: el Cardenal Pardini y el Cardenal de Holsbach; el reverendo Sr. Antonio Manastyrski, Obispo latino de Przemysl, en la Galitzia austríaca, y el reverendo Sr. Bernardino Frascolla, Obispo de Foggia (Dos Sicilias). Este virtuoso Prelado ha sido una de las numerosas víctimas de la revolución de Italia. Tratado de la manera más inhumana, ha gemido mucho tiempo en las prisiones, donde contrajo la enfermedad que le ha llevado a la tumba.»

Hubieron en la sesión los reverendos señores Obispo de Savannah, en la Georgia (Estados Unidos) Obispo de Saluces (Piamonte) el Cardenal Arzobispo de Venecia, y el Patriarca de Cilicia, del rito armenio...

El día 5 de Enero se celebró la séptima Congregación general, que empezó por la misa que dijo el señor Arzobispo de Londres.

Hubieron en la sesión los reverendos señores Arzobispo de Lens, Obispo de Montauban, Obispo de Luxon, Obispo de Civita-Vecchia, Obispo de Paderborn, Obispo de Saint-Brieux, Obispo de Casal y Obispo de Saint-Gell.

La octava Congregación general se reunirá el día 8.

El 4 de Enero falleció en Roma el reverendo Sr. Eduardo Vazquez, de la orden de los Dominicos, Obispo de Panamá.—R. I. P.

Dice un telegrama de Roma del 6:

«Esta mañana se ha celebrado la segunda sesión pública del Concilio.

Después de la Misa se hicieron las oraciones solemnes.

Los promotores del Concilio pidieron que se hiciera una profesión de fe, conforme a la fórmula del Concilio de Trento.

El Papa la hizo en su propio nombre, y el Obispo Fabiano la leyó en nombre de todos los Padres.

En seguida estos se dirigieron sucesivamente al trono pontificio, jurando sobre los Evangelios, repitiendo la fórmula en su propia lengua (la lengua del rito).

Los idiomas empleados en esta ocasión han sido el latín griego, siríaco, árabe, caldeo, armenio y búlgaro.

Los protonotarios apostólicos levantaron acta de la sesión.

En seguida el Papa entonó el *Te-Deum* y dió su bendición.

Varios soberanos y embajadores asistían a la ceremonia.

ULTIMA HORA.

TELEGRAMAS.

(De la agencia Fabra.)

PARIS, 10.—El nuevo ministerio se presentará hoy al Cuerpo legislativo para dar a conocer su programa político, basado sobre la más amplia libertad.

BURDOS, 10.—Ha tenido lugar ayer el *meeting* anunciado contra los tratados de comercio.

M. Pouyer Quartier ha pronunciado un largo discurso contra la libertad de comercio, y contra la supresión de los derechos de bodega, siendo muy aplaudido por la numerosísima multitud que ha asistido a la reunión.

LISBOA, 10.—El Gobierno ha dado órdenes para que las autoridades de las fronteras vigilen a los emigrados españoles cualquiera que sea el partido al cual pertenezcan.

BOLSA DE HOY.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 22-30, 60, 40, 85, 95, 23-25, 26, 10, 15 y 20; pequeños, 23-60, 65, 50, 24-20, 24-00 y 23 90; a plazo, 22-50, 23-20, 35, 25, 15, 05 y 15.

Titulos del 3 por 100, procedentes del diferido, publicado, 23-10 y 22-80.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, publicado, 99-00.

Bonos del Tesoro, de 2.000 rs., publicado, 60-25, 35, 62-10, 61, 62, 63, 62-15, 60-30, 62-50, 60, 40, 20, 25, 35, 63, 62-30; a plazo, 63-00, 62-80 y 70 fin. cor. vol., 62-60 y 61-00 fin. cor. fin.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2.000 rs., publicado, 43-00, 43 15 y 43-00.

Acciones del Banco de España, no publicado, 132-50.

